



R E N T E R I A

P O S T I N D U S T R I A L

MANUEL AGUD QUEROL

Las lamentaciones por la crisis industrial creemos que obnubilan un tanto las mentes. No todo es negativo ni mucho menos. Acaso es necesaria una "pasada por la pobreza", o por las dificultades económicas, para reflexionar sobre lo que es bienestar y desarrollo económico.

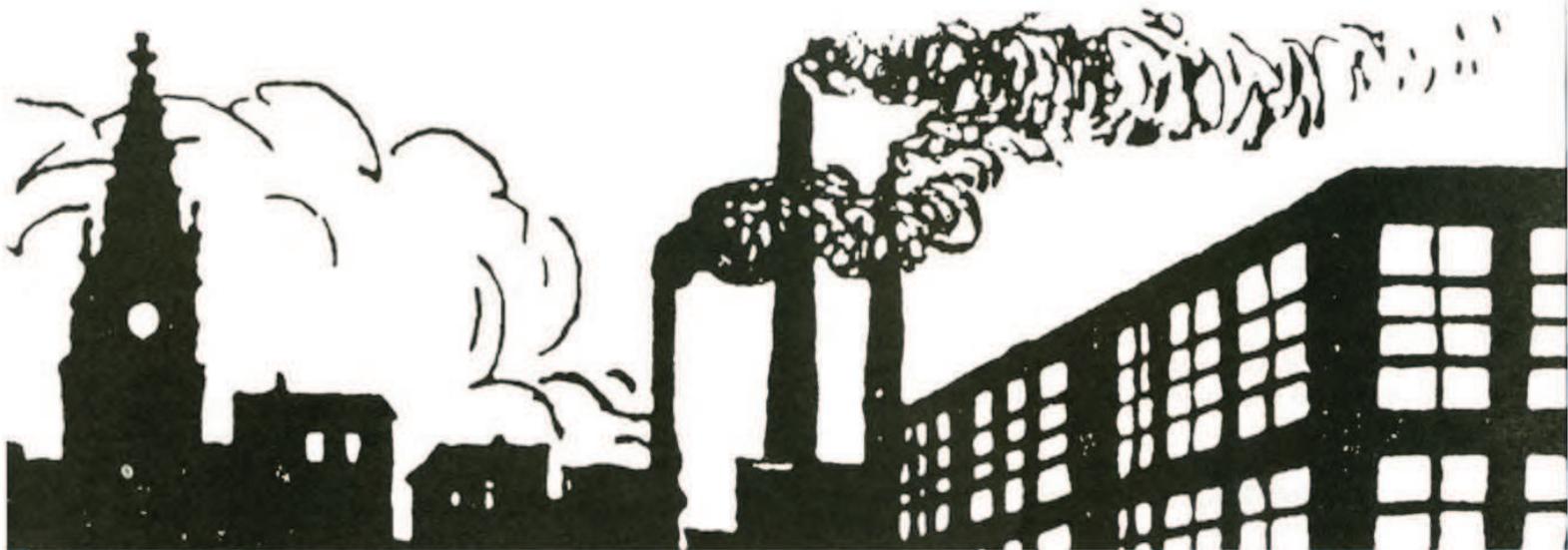
Las múltiples quejas que saturan el ambiente como consecuencia del cierre de empresas y del aumento del paro, parece que no apuntan más que a la parte material de la persona. Se ha vivido, sobre todo desde los años sesenta, sólo con la mira puesta en el rendimiento crematístico, en la adquisición de riqueza, en el confort, en el crecimiento continuado, atendiendo muy de pasada cuanto hablaba a la inteligencia, al espíritu.

La obsesión, hasta en la masa, por el poder adquisitivo, por la consecución de elementos que tomaban en consideración una parte del individuo, nos ha inclinado a no ver que quizá la crisis material puede suscitar la estimación por otros valores que acaso hagan al hombre más feliz que la esclavitud al vientre, que diría el latino Salustio.

Hace muchos años que en nuestra Guipúzcoa denunciábamos la falta de atención a las cuestiones del mundo de la cultura. Sin embargo, algunos núcleos urbanos daban sus pasos iniciales en ese mundo; bien es verdad que primero había que preocuparse de las proteínas, de lo vital. Esa lucha inicial era, por tanto, "pro pane lucrando". Es decir por la mera subsistencia.

La Villa de Rentería, de limitado número de habitantes en los años treinta, fue creciendo a partir de los cuarenta de forma bastante anárquica y hasta diríamos que cancerosa, pasando a la condición de ciudad, si no de jure, sí de facto.

Los años de dictadura nos privaron de la libertad política a cambio de un desarrollo industrial que podía haber sido base sólida para los comienzos de una estructura democrática. Ese fue el gran error de muchos hombres públicos. El "mal de piedra", enfermedad que ataca a los sistemas autoritarios, cegó a los regidores de nuestras ciudades, que no fueron capaces de regular aquella inmigración masiva, hija de las condiciones de bienestar que ofrecía lo que iba siendo ya una pequeña urbe.



Los negocios públicos de Rentería se salían de los esquemas de pueblo, lo que iría creando una nueva clase con un espíritu que ya podríamos denominar ciudadano.

Más pronto se produjo el "boom" industrial. Se pasó del pequeño taller a la factoría, a la fábrica. Surge un proletariado urbano, pero con tendencia más bien a la llamada vida burguesa. La producción de riqueza crea también inquietudes culturales que tratan de superar el aldeanismo. San Sebastián está a un paso y la frontera bastante próxima, a pesar de que los medios de comunicación no tenían el desarrollo de hoy.

La conciencia de pertenecer a una entidad urbana con grandes posibilidades económicas emborracha un tanto a la gente y aparece cierta soberbia por la abundancia, la cual, por una parte mira con desprecio a los hombres del pueblo llano y a unas clases profesionales con menos poder adquisitivo frente a los grupos industriales y del comercio, y por otra parte hace brotar una mayor inquietud entre algunos grupos de gente joven, que les lleva al fomento de entidades como *Musikaste*, y a afrontar incluso la edición de una Revista cual *OARSO*, donde se respira un ambiente cultural envidiable, y que ha sabido vencer peligrosos avatares.

Sin embargo, los vendavales de la historia, que son cíclicos, cayeron sobre el País Vasco, y comienza la degradación industrial. Los cierres de empresas, las quiebras y suspensiones de pagos están a la orden del día. Acostumbrados a la chuleta nos va a resultar quizá difícil de digerir la hamburguesa, y lo que era abundancia se trueca en los inicios de la escasez. Así hemos de volvernos hacia adentro de nosotros mismos para reflexionar y preguntarnos si no nos hemos ensorberbecido con los éxitos económicos de la época expansiva; de esos años sesenta y setenta que creíamos asegurados para siempre.

Atenaza el paro y acaso haya que pensar en nuevas estructuras de la sociedad por encima de capitalismo y socialismo.

¿No estaremos tratando de resolver los problemas actuales con técnicas y métodos del pasado (según pensamiento

de Mac Luhan)??. Lo indudable es que hemos entrado en una nueva era.

Se habla mucho del sector servicios como solución de la crisis, y mirando a Rentería, uno se pregunta dónde está el sector primario y el secundario que sufragan tales servicios.

Habría que pensar en una nueva filosofía, en despertar inquietudes, en preparar a la sociedad para tiempos de dura austeridad, con una regulación del consumo en lo económico, y en un cultivo intelectual que conceda más al pensamiento y menos al estómago.

Y llegados a este punto habríamos de tratar de ese instrumento de transformación social que es la TV, el cual, en lugar de condicionar para lo negativo, lo haga para lo positivo.

La impresión obtenida es que hemos de comenzar de nuevo. La Rentería de hoy cuenta con elementos que pueden llevarla a una nueva expansión, más armónica, más ordenada urbanísticamente y más atenta a los valores culturales y a una formación profesional más humanística.

Recordemos que en la Guipúzcoa de 1930 sólo había como centro docente superior, un Instituto (que naturalmente es de tipo Medio) en San Sebastián.

Hubo en la II República otro en Oñate y en Eibar (aparte de un segundo en la capital). Aquello fue esporádico y naufrago en la Guerra Civil.

Con motivo de la expansión económica del país, que siguió a ésta desde los años cincuenta, Rentería entra en ese carrusel de ajetreo y movimiento en que se convierte la provincia, y poco a poco los medios de promoción aumentan y la iniciativa privada hace brotar empresas y comercios. La Villa se prolonga hacia San Sebastián.

Se nota un defecto que es común al País Vasco: la esca-

sez de bibliotecas. Mucho desarrollo industrial con poquísimo cultural, según se ha sugerido.

Desde aquella primera biblioteca de Idiazabal, hasta el conjunto actual de la provincia, ha tenido que transcurrir mucho tiempo. Lo económico primaba. El afán consumista miraba con desprecio y con recelo, como no productivos a los profesionales más o menos funcionariales.

Los beneficios de las empresas establecían un "standing" de vida que no correspondía a la preparación técnica exigible en los países desarrollados. Nuestros productos sólo podían competir gracias al proteccionismo arancelario. Y a la limitación de los contingentes.

La apariencia de país industrial "europeo" nos ciega más de lo deseable. Y el país siguió la pauta nacional, si bien la iniciativa de que dió muestra éste le hizo avanzar a marchas aceleradas.

Sin embargo, había que afinar el producto, había que investigar, tener patentes propias, invertir más en formación profesional. Para eso no era suficiente el "francotirador", el individualismo, el ser "amo" (generalmente de un pequeño taller) (¿Cabeza de ratón o cola de león?).

Con todo el progreso, con todo el avance al que llevaba una ciudad que supera los 45.000 habitantes, no pudo contender con los que desde fuera nos hacían una competencia feroz.

Y hoy estamos sumidos en el temor de un hundimiento progresivo de las estructuras industriales o su paso a manos extranjeras. Quizá sea el único medio de regeneración; pero para ello habrán de cambiar mucho nuestros hábitos.

Nos hallamos ante una nueva era, y disponemos, a pesar de todo, de los elementos básicos para integrarnos en la corriente europea. Esta nos exigirá mucho, pero la provincia cuenta ya con instalaciones universitarias. La capacitación de sus hijos no es un sueño como antes, cuando había que desplazarse (a base de dinero) a centros lejanos para buscar la preparación superior que permitiera la promoción a estratos elevados de la cultura y de la competencia profesional a nuestros jóvenes.

Hemos sido esclavos durante unas décadas del desarrollismo, sobre todo industrial, y todavía perdura el deseo de recuperar el tono de la época del "boom" materialista. Mas no es eso lo que debemos considerar, sino cuáles son los actuales elementos básicos que pueden llevarnos a esa nueva sociedad, que, sin duda, alumbrará el futuro y con la cual *velis nolis* habremos de convivir.

Cuando oímos tantas invocaciones a la libertad, a la democracia, a las derechas o a las izquierdas, experimentamos la sensación de que resulta un lenguaje vacío, anacrónico. No se ve muy claro el rumbo que tomarán las naciones de hoy, pero es indudable que tendrá que haber una revisión que ajuste los viejos conceptos a la realidad actual.

El derroche de los países del primer mundo resulta intolerable, y para que se mantenga habrán de continuar sacrificados los del tercer mundo. Se impone, por tanto, en aquéllos una austeridad, e incluso una sensación de pobreza, y ante la posible limitación de los bienes naturales del confort, habrá que buscar en el cultivo de la mente y del espíritu el elemento compensador del consumismo materialista.

Y volvemos al principio: la Villa de Rentería, ya pequeña ciudad, habrá perdido la capacidad de despilfarro, pero seguramente ganará esos otros valores que alimentan el alma, que dan satisfacción a la mente proporcionándole el sustento intelectual que le puede hacer gozar de una vida más plena, no

esclavizada por la insatisfacción al no tener algo que sustituya la pérdida de bienes materiales.

¡Cuántos polos industriales se han hundido en Europa, sustituidos por otros bienes! El caso del Ruhr, por ejemplo, donde la vida intelectual, y hasta la ópera sustituyen a las minas de carbón en muchas zonas. ¿Y en cuántos sitios han desaparecido las fuentes de riqueza tradicionales que dieron también lugar al despilfarro?

¡Cuántas empresas han desaparecido o están en precario en nuestra Provincia!

No hay que desesperar sin embargo; surgirán otros elementos; el propio cuerpo social secretará los anticuerpos apropiados.

Y si en el transcurso de los años se extingue nuestra sociedad por falta de reacción apropiada, no sería más que la repetición de lo que ha debido de ocurrir en el mundo al correr de los milenios.

¿Qué ha sido de las famosas siete ciudades de San Pablo? (¡Todas desaparecidas!). ¿Y qué fue Petra (de Oriente Medio)? Y ¿qué es hoy?. Más no perdamos las esperanzas, que el hombre resiste todas las adversidades. Bien es verdad que puede sucumbir ante ellas. En tal caso otros sucederán en la singladura de los siglos, y nosotros quedaremos como un recuerdo. Confiemos en que esta visión pesimista no llegue a realidad y que Rentería recupere el pulso de no hace tanto tiempo, pero que naturalmente no será el mismo; de eso debemos estar seguros; son otros tiempos y otras gentes que los años han ido condicionando.

El empeño que hay que poner es arduo; sin embargo creemos que merece la pena el intento.

